

rios en ciertas horas del día, hay grupos de harapientos, salidos de casas que infunden tristeza más que repugnancia. Se siente cierto atractivo en investigar las costumbres de esa muchedumbre que llena los arrabales de la gran capital.

Hoy va cambiando el aspecto del barrio de San Lázaro, se están levantando algunas casas, se restauran las ruinas ó se les ponen létreros asegurando que no se venden; en el gasómetro y en la estación del ferrocarril de Morelos, se nota algún movimiento y que brota una población trabajadora, pues por allí es introducida el azúcar, el aguardiente y los demás productos de la tierra-caliente, mucha madera, leña, arroz y frijol.

Los toros, la *jamaica* y el *monte Parnaso*, diversiones de que ya disfruta pocas veces el pueblo de los barrios, eran hasta hace algunos años, entusiastas fiestas en que se gozaba hasta más no poder.

Las *jamaicas* tenían verificativo en las plazas de toros, de las que hoy no queda más que el recuerdo, ó en otros sitios amplios y espaciosos; en la plaza de Necatitlan eran más frecuentes: numerosas casitas de madera se alzaban en el recinto destinado de ordinario al sangriento espectáculo de las corridas de toros; arcos de yerbas, flores y aromáticas ramas formaban vastos salones de verdura, sin faltar amenos bosquecillos con sus misteriosas callecitas indispensables para la circulación; cuartitos dispuestos bajo la fresca enramada, contenían los puestos con vendimias y bebidas para refrescarse; el mole de guajolote y el pato en fiambre aparecían al lado de los gigantescos vasos llenos de bebidas rojas, verdes, amarillas y azules, entre multitud de flores; la entrada era al sol ó la sombra, según se acostumbraba en las corridas de toros, no pudiendo bajar al improvisado paseo, sino aquellos que tenían los recursos suficientes para consumir en la mesa las bebidas y comestibles. Tal era la *jamaica* que ya en nuestros días apenas se conoce, sin que tenga la popularidad que gozó en épocas no muy lejanas.

El *monte-Parnaso* era otra de las diversiones que recibían muy bien los barrios: consistía en un madero de cuatro ó cinco metros de altura, cubierto con pañuelos de color y otros objetos, situado en medio de la plaza de toros. Los individuos del populacho pretendían ascender á porfía para apoderarse de los objetos que pendían del árbol; pero el toro impedía el éxito y las risas y los aplausos amenizaban la fiesta tan deseada y comentada en los barrios.

Las Atarazanas.—Iglesia y hospital de San Lázaro.

Tan luego que Cortés tomó la capital, dispuso que se levantara una fortaleza, dentro de la cual fueran colocados los bergantines y quedaran seguros, pudiendo ofender ó defenderse desde ella y salir ó entrar, en caso necesario. Esta fortaleza fué conocida con el nombre de «Las Atarazanas.» Mucho se ha discutido acerca del lugar fijo que ocuparon, porque se las quiso reducir á un

sitio estrecho, cuando probablemente comprendían toda la extensión desde San Lázaro hasta la Merced; pero si no cabe duda que en San Lázaro estuvieron, pues en una lista que se encontraba en el registro de hipotecas del Ayuntamiento, se dió el nombre de calle de las Atarazanas á la que va rectamente desde las Escalerillas, Santa Teresa y Hospicio de San Nicolás hasta San Lázaro, denominación que fué confirmada por algunos autores y que determina el rumbo hácia el cual quedaba la fortaleza; y si se tiene en cuenta que la ciudad estaba en una isla y que la parte de tierra firme termina aun en San Lázaro, pues pasado ese sitio el terreno es fangoso y se aniega, confirmase como verosímil la creencia de que las Atarazanas se encontraron hácia el lugar en que fué levantado el histórico templo de San Lázaro. También sirve de prueba el haberse dicho en la residencia de Cortés, que frente á aquella fortaleza hizo construir Pedro de Alvarado unas grandes casas con torre y troneras, obras que deben haber estado en las extensas plazuelas que aun existen por aquel rumbo, pues en el sitio en que se levantó el convento de la Merced, no queda huella de tales casas, ni se hace relación alguna acerca de que allí estuviera aquella fortaleza, habiendo permanecido sin concluir por largo tiempo la que levantara Pedro de Alvarado, hasta que siendo gobernador Alonso de Estrada continuó la obra; según consta, estaban dichas casas á la entrada de la ciudad.

Cuando llegaron á Nueva-España los religiosos de Ntra. Sra. de la Merced, establecieron primeramente su convento en el lugar en que está San Lázaro, hospicio fundado en 1572 por el Doctor D. Pedro López, individuo muy benéfico que en esa obra de caridad empleó sus propios bienes y algunas limosnas colectadas. La casa de San Lázaro estuvo situada al Oriente de la Catedral y á extramuros de la ciudad; fué sostenida por el fundador hasta el año de 1596 en que instituyó herederos y patronos de ella á sus descendientes que la administraron hasta 1721.

Deteriorada considerablemente se encargó de repararla, como patrono, el Br. D. Buenaventura Medina y Picazo, cediendo el hospital á los religiosos de San Juan de Dios, que estaban autorizados desde Marzo de 1606, á fundar un establecimiento de su instituto en cualquier lugar de Nueva-España. Bajo la dirección de estos religiosos permaneció el hospital un siglo entero, hasta que en 1821, á consecuencia de la ley expedida el año anterior, suprimiendo las religiones hospitalarias, se encargó de ese hospital el Ayuntamiento; allí eran atendidos los enfermos del mal de San Lázaro y del de San Antonio; en 1862 fueron trasladados los leprosos al hospital de San Pablo y del hospicio no ha quedado ningún vestigio, si no son algunas paredes arruinadas.

El hospital de San Lázaro fué construido primeramente en un terreno llamado del Marqués y que ahora es conocido por la Tlaxpana, lo destruyó Nuño de Guz-

man porque, según informó á la corte de Isabel, resultaban muchos males de servirse del agua que venia de Chapultepec y que usaban en primer lugar los leprosos. No se sabe si Nuño estableció otra casa, pero sí que el Doctor Pedro López fundó la de San Lázaro que llegó hasta nuestros días y la mantuvo hasta.... 1596 en que por testamento instituyó patronos á sus hijos D. José, D. Agustín, D. Nicolás, Doña Catarina, Doña María y Doña Juana, cuyos herederos varones fueron sucediéndose en el patronato y administración del hospital. El año de 1721 estaba el establecimiento casi arruinado, siendo necesario que el juez de hospitales y colegios requiriera á los patronos para que decidieran la reposición del edificio, encargándose de ella el bachiller D. Buenaventura de Medina y Picazo, último mayoral. D. José Diego Medina lo cedió á la religión de los juaninos, firmando la respectiva escritura, entre cuyas condiciones estaba la de mantener en el presbiterio el retrato de D. Pedro López. Bajo la dirección de los juaninos estuvo cien años, hasta el de 1821 en que lo recibió la municipalidad muy deteriorado, quedando apenas vestigios de la magnificencia de los López.

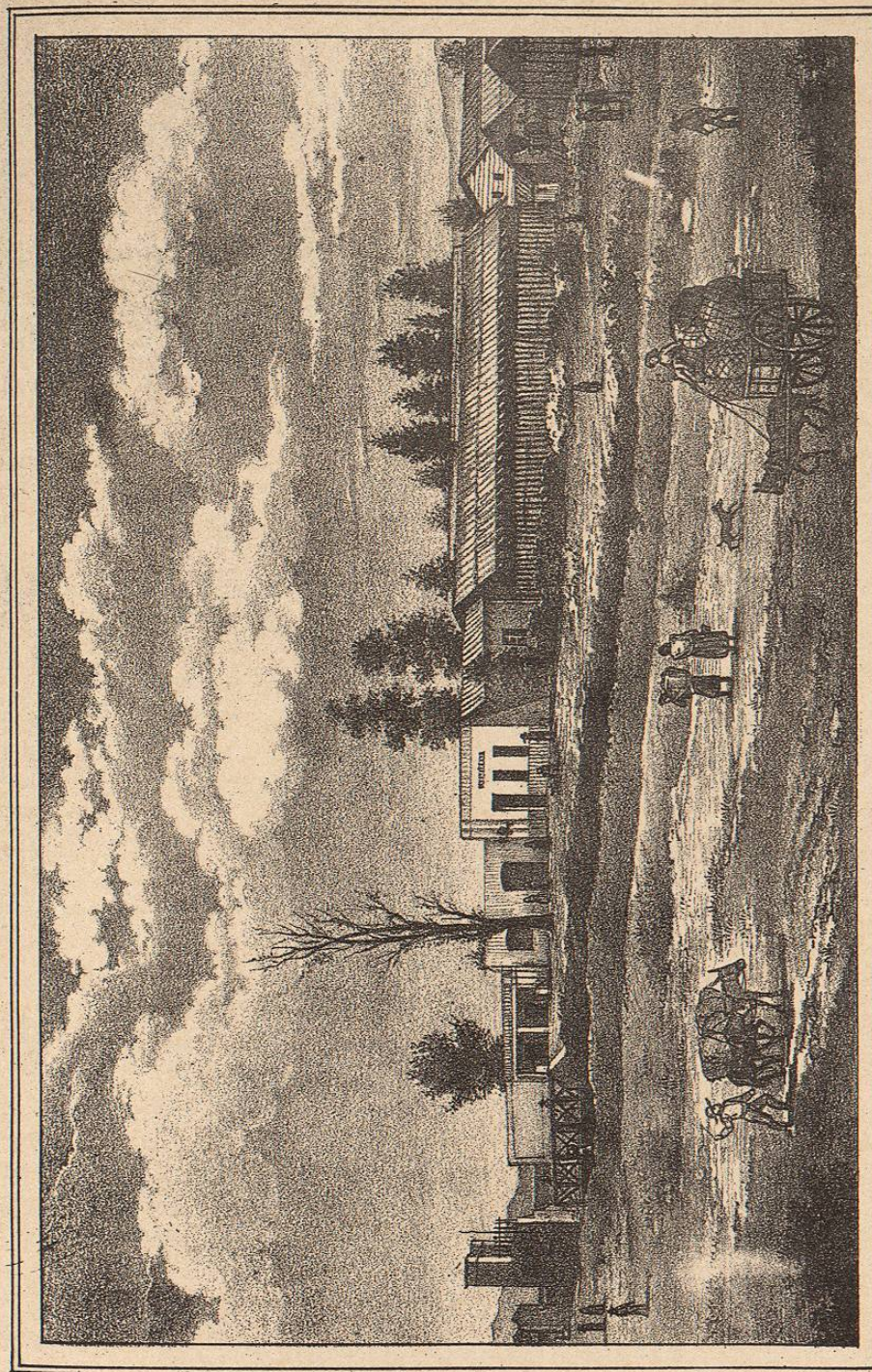
La iglesia de San Lázaro fué dedicada el 8 de Mayo de 1728; su situación era de Norte á Sur y en ella se veneraban varias imágenes siendo tradicional la del Sr. de la Bala. La iglesia, el camarín de esta imagen y el edificio del hospital importaron setenta y cinco mil pesos; los adornos, pinturas y el órgano cerca de ocho mil, costeados todo por el Padre Buenaventura Picazo, quien fincó además una considerable suma para que anualmente se hiciera allí una solemne función y se dijera misa cada ocho días. El hospital poseía una finca cuyo valor era de once mil seiscientos pesos. El filántropo bachiller Medina y Picazo, donó esta cantidad para sostener el hospital; pero habiendo sido concursados los bienes del individuo en cuyo poder paraban los fondos, hubo un pleito que duró muchos años, al cabo de los cuales se recobró el dinero y se fincó en unas buenas haciendas. En nuestros días la iglesia se ha convertido en fábrica de vidrio ó de ladrillo.

La tradición refiere el motivo de haber llamado de la Bala, al crucifijo que habia en aquel templo. El 19 de Octubre de 1738, se colocó en la iglesia de San Lázaro, en un pequeño altar, aquel crucifijo de madera de *zumpantli*; tomó el nombre del Balazo, á causa de que habiendo establecido unos tiradores el blanco cerca de la puerta antigua que estaba cerrada, y haciendo fuego desde el puente de San Lázaro, con un esmeril, fué tan rápida la bala, que pasando el tablon de la puerta llegó hasta el crucifijo y le pasó de una á otra parte el muslo izquierdo.

Algun tiempo ántes, en 6 de Agosto de 1736, estuvo en aquel templo una imagen labrada por un escultor tlaltelolca, quien á la memoria reprodujo en la escultura á otro crucifijo que se quemó en la parroquia de Zacatecas; en el día en que se presentó la imagen predicó un orador zacatecano, fray Cristóbal Ruiz de Guerra y Morales; después se llevaron la imagen para Zacatecas.

Esa casa fué reedificada en 1721 con verdadera magnificencia, gastándose en ella ciento diez mil doscientos cuarenta y cuatro pesos; fueron levantadas las enfermerías y el convento bajo, compuesta la iglesia y el camarín del Señor de la Bala, se

México Pintoresco. — Tomo II.



Estacion del Ferro-carril de Morelos.

Diog. de Murguía.

restableció la cañería para conducir el agua y se retiró el edificio de la acequia, se pusieron retablos, pinturas y un excelente órgano, adornando el camarín con las pinturas y escorzos del presbítero Nicolás Rodríguez Juárez.

El hospital conservó el jardín hasta el año de 1852; en el primer patio había una fuente, el refectorio de los hombres estaba adornado con frisos pintados al óleo y la fuente principal estaba cubierta con enrejado de madera por el que habían trepado multitud de enredaderas, formando una sombra apacible y agradabilísima.

Después, el asilo de los leprosos, de esos infelices cuya deformidad mortifica, fué decayendo, aun que no faltaron quienes se empeñaran en restaurarlo y volverlo á su pasado esplendor. Casi siempre había cincuenta enfermos aproximativamente, de los que era mayor el número de mugeres; los que morían, ó salían con licencia ó se fugaban, eran reemplazados por otros; costaba la manutención de cada enfermo nueve pesos al mes. Desde que se entraba al hospital se notaba el abandono; la sala de mugeres se encontraba en estado de ruina; el refectorio de los hombres era un cuarto miserable, sucio y mal ventilado.

Actualmente se construye por el barrio de San Lázaro, fuera de garita, la escuela de tiro, en medio de una gran llanura, servirá para las tres armas y habrá un campo de maniobras donde se estudien prácticamente los progresos del arte militar. La parte del edificio construida hasta hoy, da idea de que será grandioso cuando se concluya.

Estacion del Ferrocarril de Morelos.

Frente á la derruida iglesia de San Lázaro, se levanta la estacion del ferrocarril del Sur. El camino de fierro entre México y Acapulco, proyectado desde hace mas de treinta años, está solamente comenzado, no obstante su importancia, pues comunica los dos océanos por la distancia mas corta en que puede estar comprendida la capital de la República. Los viajes al Sur han sido y continúan siendo penosísimos, no se puede llegar en carruaje sino hasta Cuernavaca, allí hay que tomar caballos para proseguir, resistiendo los ardientes rayos del sol, pasando los ríos á vado, durmiendo y comiendo de la manera mas rústica y primitiva que se pueda concebir. Y no se diga que ha sido una vía frecuentada hasta ahora, pues desde hace tres y medio siglos es grande el movimiento habido entre México y Acapulco con motivo de las transacciones mercantiles, especialmente en las épocas en que llegaba la Nao cargada de riquísimos efectos, con los que se hacia una feria en esta capital y algunos eran llevados hasta Europa, así como gran cantidad de mercancías europeas pasaban á Filipinas y Asia por ese mismo camino.

Aunque el tráfico disminuyó desde el siglo pasado, sin embargo, se conservó lo bastante para que no se hubiera descuidado la formación de una carretera, al mé-